

Los salteadores (Los relatos de Khirlak Grundson 1)

Autor: Sersi

-1-

El sol brillaba alegremente esa mañana. Demasiado, para el gusto del enano. Debajo de las gruesas mantas él y sus dos compañeros se freían de calor mientras el carruaje en dónde viajaban continuaba su interminable viaje hacia el sur.

- ¡Maldito sol!. ¡Juro por Grungni que si estuviera en mis manos lo cogería ahora mismo y lo lanzaría al abismo! -gruñó malhumorado -.

- Tranquilízate un poco Gotrek, ya debe quedar poco para llegar a nuestro destino -Kaz intentó hablar en un tono apaciguador, pero él también estaba agobiado por el calor que sufrían desde hacía horas -.

- ¡No me intentes calmar humano!. ¡Durante tres días ha llovido sin parar, y justamente hoy, que nos tenemos que esconder como pordioseros en la parte trasera de una carreta, sale el sol riéndose de nosotros! -su tono de voz fue aumentando hasta convertirse en un bramido furioso -.

Kaz y Fëanor ya estaban acostumbrados al mal humor de su compañero, y con una mirada de soslayo decidieron no hacerle enfadar más de lo que estaba.

- ¡Eh!, ¡los de atrás!. No gritéis tanto, que vuestros bramidos se deben haber oído incluso en Altdorf.

Clidfort parecía bastante enfadado por su actitud poco profesional -pensó el elfo -; al fin y al cabo, los habían contratado para intentar pasar desapercibidos. Con un diestro movimiento de manos, Clidfort espoleó a los dos caballos que tiraban del carruaje de mercancías, continuando con su viaje.

-2-

Durante todo el trayecto, Fëanor no musitó ni una sola palabra. Con la paciencia habitual de la raza élfica, se había hecho un ovillo en un rincón del carro, bien alejado de los efluvios del enano. Y mientras éste no dejaba de gruñir por cualquier cosa, el elfo meditaba sobre todo lo transcurrido en los últimos días.

El elfo era muy atractivo, con un largo cabello castaño, al igual que los almendrados ojos. Tenía unos finos rasgos ascéticos, y era de apariencia frágil y delicada, como todos los de su raza, pero en realidad era ágil y fuerte.

A él le parecía que habían pasado años desde que fue expulsado de su hogar, el bosque de Laurelorn, pero en realidad sólo habían pasado dos meses. Por las noches continuaba soñando con su tierra, y aunque en dos meses había visto más mundo que en toda su vida, sentía añoranza por su amado bosque.

Desde entonces, vagaba por las tierras de los humanos como un vagabundo, levantando suspicacias allá por donde pasara. Los humanos ven con malos ojos todo lo que les es extraño; esta actitud llevó a la decadencia a mi pueblo y al de los enanos - pensó con tristeza -. Durante sus viajes por el Imperio humano, había visto cosas increíbles: núcleos urbanos en los que en muy poco espacio se apiñaban centenares de humanos en precarias condiciones, batallones enteros de comerciantes y buhoneros que desfilaban por carreteras y caminos; e incluso vio grandes buques mercantes que navegaban por el río Talabec, mientras su tripulación iba de aquí para allá afanosa en sus tareas. Para un elfo que había pasado los 318 años de su corta existencia -según los estándares de su raza -, en un bosque casi deshabitado con la única compañía de unos pocos congéneres suyos, todo esto era muy impresionante.

Cuando llegó a Altdorf, la capital del Imperio, se maravilló de lo grandes que podían ser las ciudades humanas y descubrió una extraña costumbre de sus habitantes: adquirir comida, ropa, armas y muchas cosas más con unos objetos pequeños y redondos de plata o metal a los que llamaban "monedas". Y muy pronto entendió que sin monedas no podía ni comer ni dormir en un sitio decente. Pero por fortuna conoció a su salvador.

Kaz era un joven estudiante de alquimia en la universidad de Altdorf, de dónde era residente. Era alto y delgado, de apariencia delicada, pero de gran belleza. Tenía una melena castaña y unos profundos ojos verdes. El humano le invitó a una bebida alcohólica de sabor amargo a la que llamaba "cerveza", y hablaron animadamente durante todo el día, mostrándose muy interesado por todo lo relativo a los elfos. Fëanor observó que Kaz era muy sabio y erudito para su edad - y para ser humano -, por lo que se ganó su aprecio.

Durante los siguientes días, Fëanor estuvo viviendo en una habitación que Kaz le había alquilado en una posada llamada "El dragón dorado", y aprendió mucho de los humanos que le rodeaban. Pero un día el joven le trajo malas noticias: su familia se había arruinado y ya no podía pagar más la posada donde se hospedaba ni sus estudios de alquimia que tanto apreciaba. Abrumados por la situación económica, decidieron al fin convertirse en espadas de alquiler, y vender sus habilidades al mejor postor. Aunque Kaz hacía esto para poder pagar sus ansiados estudios, a Fëanor le motivaban otros objetivos. Quería correr aventuras y ver mundo, el sueño de su vida. Al fin encontraron un trabajo con el que ganar unas cuantas coronas de oro. Un día conocieron a un hombre que se presentó como Clidfort Fierdam. Clidfort era un hombre de estatura mediana i de complexión robusta, una gran mata de pelo oscuro le caía sobre los hombros y llevaba un bigote espeso a la última moda. Llevaba puestas unas ropas prácticas en las que se ceñía una espada y un gran número de dagas. El veterano bribón les ofreció un pequeño trabajo, encargo de su jefe, Ronald Sweitztimfer, un orondo comerciante que dominaba todo el comercio de Reikland. Aceptaron, por lo que fueron a ver a Sweitztimfer.

-3-

El rico comerciante vivía en una mansión impresionante: tapices de Catai y Arabia decoraban el suelo, lujosas obras de arte tileanas colgaban de las paredes; e incluso se les ofreció un vino exquisito de Bretonia. Pero ni toda la belleza del mundo podía prepararles para lo que verían ante sus ojos.

Ronald Sweitztimfer les esperaba sentado en una lujosa silla llena de detalles estalianos. Su presencia era realmente impresionante y grotesca: tenía el tamaño de dos humanos juntos, ya que poseía una obesidad inimaginable; su rechoncha cara estaba cubierta de granos y una gruesa capa de sudor y grasa le resbalaba desde la calva hacia el cuello.

- Haced pasar a los mercenarios - su voz era áspera y grave-

Con un ademán del brazo, Clidfort señaló a los compañeros que podían entrar. Los dos se quedaron de pie, delante de una gran mesa de caoba que escondía la parte inferior del abotargado cuerpo. Al cabo de un rato el hombre dejó de manosear unos manuscritos que tenía delante de él y los miró con unos ojos pequeños y calculadores.

- *Así que queréis trabajo, muy bien...* - su voz se convirtió en un susurro mientras examinaba al elfo y al aprendiz de alquimista -.

- *Sí señor,* - respondió Kaz con tono inseguro - *estamos dispuestos a hacer lo que sea por dinero.*

- *¡Ja ja ja! ¡Este es el espíritu materialista que me gusta en mis hombres!*

- *Así, ¿nos dará el trabajo?*

- *Sí hijos, sí, el trabajo es vuestro. Y si me satisface vuestra actuación puede que os vuelva a contratar. Y ahora salid de aquí, tengo mucho que hacer* -el comerciante señaló la puerta con su rechoncho dedo mientras volvía a prestar toda su atención a los manuscritos que tenía sobre la mesa -.

Los dos amigos salieron confusos de la sala y fueron conducidos a otra habitación menos opulenta donde les esperaba Clidfort. Sentado a su lado había un enano ataviado con una vieja armadura que lucía una cuidada barba castaña clara. Con un ademán el bribón les señaló unos asientos para que se sentaran.

- *Os presento a vuestro compañero en éste trabajo, el señor Gotrek Grund Dumak* -Clidfort señaló al enano sentado. Éste estrechó con dureza la mano de Kaz, y ni se dignó a mirar a Fëanor -.

- *No me dijiste que nos acompañaría un elfo. ¡No pienso trabajar a su lado!* -su voz era profunda y falta de sentimientos, y hablaba un Reikspeil muy tosco -.

- *Mire señor Gotrek; o se ciñe a lo establecido, o deja éste trabajo* -respondió Clidfort cansado -. *Estoy harto de sus exigencias*

Se produjo una tensa pausa en la que el enano examinó de arriba a abajo al elfo. Luego empezó a mesarse la larga barba castaña que asomaba por encima de su cota de malla.

- *De acuerdo, acepto. Pero que quede claro que sólo me relaciono con ésta chusma traidora porque el dinero me lo exige* -su respuesta sorprendió a Fëanor, ya que había oído hablar de lo intransigentes que eran los enanos con los de su raza -.

- *Muy bien, ahora que estamos de acuerdo, hablemos de lo que nos concierne.*

Durante un buen rato, Clidfort les explicó que unos salteadores de caminos llamados "los Salteadores de Riazzo" estaban merodeando en una zona de interés comercial para su amo, por lo que debían ser eliminados y la cabeza de su líder tuerto, un tileano conocido como Riazzo, debía ser

traída ante Sweitztimfer. El modus operandi de la banda era atacar a carruajes solitarios siempre que tuviesen superioridad numérica, dejando pasar a los que iban acompañados de escolta. El plan era esconderlos a los tres en la parte de atrás del carruaje, mientras él lo conducía, para así sorprender a los confiados salteadores.

- *Os espero aquí, mañana al alba para partir* -dicho esto, Clidfort los acompañó a la salida y se despidió -.

Una vez las grandes puertas de la mansión se hubieron cerrado Kaz se giró hacia el elfo y le susurró:

- *Hay algunas cosas que no logro entender: ¿Por qué el mercader nos ha recibido sólo para vernos?. ¿Y por qué no ha enviado a batidores para que encuentren y maten a los salteadores, si es tan rico?*

- *Haces demasiadas preguntas humano; él es el patrón y él manda. Ya aprenderás con los años* - Gotrek escupió toscamente las palabras y acto seguido se marchó con rápidas zancadas -

El elfo miró al enano mientras se marchaba, hasta que lo perdió de vista por las estrechas calles de Altdorf.

- *A mí tampoco me ha gustado ése gordo mercader, pero necesitamos el dinero* -Fëanor miraba al vacío mientras susurraba las palabras -.

-4-

El plan le había parecido sencillo y eficaz en su momento, pero ahora el elfo se estaba asando vivo en la parte posterior de ése infernal carruaje. Hacía mucho rato que había perdido la noción del tiempo y no sabía la distancia que debían de haber recorrido.

El sudor le corría por todo el cuerpo, y la cota de malla que llevaba no ayudaba a mejorar la situación. Se sentía adormilado y tenía que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no quedarse dormido. Por un momento se olvidó de sus penurias y observó al enano. El pobre desgraciado lo debía pasar mucho peor que él con todos los quilos de armadura que llevaba encima, aunque los monstruosos ronquidos que emitía decían todo lo contrario.

Mientras tanto, Kaz miraba al vacío con un semblante nervioso. El pobre chico no debía haber luchado nunca en su vida, siendo él hijo de nobles. Le compadeció y rezó para que su amigo saliera vivo de ésta aventura.

Luego pensó en su experiencia como combatiente. Cuando aún vivía en el bosque de Laurelorn, solía cazar con sus hermanos osos y otros animales salvajes, y de vez en cuando daban muerte a los incursos goblins que tanto abundan en el norte. Pero nunca había luchado contra humanos.

Un golpe seco lo sacó de sus pensamientos. Kaz estuvo a punto de emitir un grito de sorpresa por lo repentino del golpe. El carruaje se había parado. Oyeron unas voces apagadas que mantenían una

discusión; una de las voces era la de Clidfort. Se oyó el inconfundible sonido del metal al ser desenfundado. Mientras tanto, el enano continuaba roncando a pierna suelta. el joven tenía los ojos muy abiertos a causa del miedo. Él ya no tenía calor, ahora un sudor frío le recorría la espalda.

De repente sonó un silbido largo y penetrante, era la señal de que debían salir. Fëanor dirigió una mirada funesta al enano y le propinó una patada en el estómago. Con un rápido movimiento, el enano se levantó, tirando al suelo la manta que los cubría.

- *¿Dónde están?, ¿Dónde están?. ¡Decidme dónde están y haré que rueden cabezas!* -el grito del enano sonó desconcertado y aturdido, mientras asía el martillo de guerra y el escudo -.

El elfo cogió su arco de manufactura élfica y lo tensó, apuntando a uno de los hombres que los rodeaban. Con una rápida mirada ordenó a Kaz que se pusiese en guardia. El joven aprendiz de alquimista cogió la espada y el escudo apresuradamente, al tiempo que adoptaba una posición que se suponía amenazadora. Clidfort estaba erguido en el asiento del conductor blandiendo una espada.

El elfo vislumbró en la mortecina luz del atardecer tres figuras ataviadas con capas y capuchas negras que estaban a unos cinco metros por delante de ellos. Dos figuras les apuntaban con sendas ballestas y una tercera blandía una espada.

Con sus agudos sentidos oyó un susurro detrás de ellos antes que cualquiera de sus compañeros, y vio con temor como tres figuras más se encontraban a unos pocos metros detrás del carruaje. Las tres llevaban en sus manos unos enormes garrotes. Aunque les superaban numéricamente, parecían sorprendidos por la aparición inesperada de los tres compañeros escondidos.

- *Será mejor para vosotros que os rindáis ahora mismo y nos digáis dónde está vuestro refugio si no queréis acabar mal* -la amenaza de Clidfort sorprendió a los asaltantes. Los encapuchados negros se miraron los unos a los otros, confundidos.

- *Somos más numerosos que vosotros, haced caso a vuestra prudencia y dadnos todo lo de valor que llevéis encima* -el salteador que empuñaba la espada se adelantó un paso al responder a las amenazas -.

- *No os lo volveré a repetir, deponed las armas o ateneos a las consecuencias* -Clidfort parecía totalmente tranquilo mientras pronunciaba las palabras -.

- *No creerás que.....* - el salteador se vio interrumpido por el grito de guerra del enano.

- *¡Basta de chácharas!*

Con gran rapidez, el enano cargó contra un salteador, golpeando su estómago con el martillo de guerra. Éste se torció sobre sí mismo por el dolor, posición que aprovechó el enano para romperle el cráneo con un sonoro crujido -. El elfo reaccionó rápidamente y disparó contra el otro bandido equipado con ballesta. La flecha se le clavó de lleno en el pecho. El encapuchado cayó al suelo sujetándose la flecha con las manos.

Para entonces, el resto de salteadores ya habían reaccionado. Dos se abalanzaron sobre el enano, golpeando sin técnica alguna. Éste respondió protegiéndose del ataque con el escudo, saltando astillas al ser golpeado por los garrotes.

Mientras tanto Kaz se veía abrumado por el ataque de otro salteador, que no le dejaba respirar blandiendo la espada con gran destreza. Fëanor pudo ver alarmado que el joven no tenía muchas posibilidades de ganar el combate.

Con un grito de guerra, un encapuchado se dirigió corriendo hacia el preocupado elfo; éste, haciendo gala de su aplomo, sacó rápidamente una flecha de su carcaj, la puso en el arco y tensó la cuerda. La flecha se dirigió silbante hacia el estómago del atacante, que cayó retorciéndose de dolor al suelo. Acto seguido se dispuso a ayudar a su amigo humano. Kaz intentaba esquivar los golpes de su diestro adversario, pero éste lo superaba en técnica. Con una rápida finta el salteador desarmó a Kaz que cayó al suelo. El encapuchado apuntó triunfante con su arma al corazón del aprendiz de alquimista, pero no llegó a sesgar su vida ya que un palmo de acero le sobresalía del pecho. El delincuente cayó inerte al suelo al mismo tiempo que Clidfort limpiaba de sangre su espada. Fëanor observó que el enano se erguía triunfante sobre el cuerpo de los dos salteadores que lo habían atacado.

-5-

- Bueno, hemos tenido suerte -el elfo dejó escapar un suspiro de alivio -.
- ¡Bah!. Hasta con los ojos vendados hubiese podido vencer a estos simples principiantes -refunfuñó el enano -.
- Lo importante es que estamos enteros, y aún quedan salteadores vivos que nos podrán decir el paradero de su refugio -dijo Clidfort seriamente -.

El enano se acercó a Kaz mientras se volvía a colgar el escudo en la espalda.

- ¡Eh botarate!, El combate ha acabado, ya puedes sacar la cabeza de entre las piernas -le regañó -.

A continuación se giró hacia Clidfort y exclamó:

- Así que reúnes a un elfo del bosque vestido con sus hojitas que lleva como taparrabos y a un larguirucho cerebrín que no sabe ni sostener una espada para que nos ayuden a eliminar a una banda de delincuentes. ¡Por Grungni juro que me alegraré de salir vivo de esta!

Pero Clidfort no hacía caso alguno al enano, ya que se encontraba agachado al lado del salteador herido en el estómago por una flecha de Fëanor.

- ¡Dime dónde está vuestra guarida! - le gritó furioso -.

El bandido continuó gimiendo de dolor, mientras se iba desangrando a causa de la herida que tenía en el vientre.

- ¡Si no me respondes te dejaré aquí tirado para que agonices hasta la muerte! -su rostro se contrajo en una horrible máscara de crueldad y rabia -.

El hombre dejó de gemir para mirar con ojos asustados al bribón.

- *En cambio, si me dices amablemente donde se encuentra, pondré fin a tu agonía* -el tono de voz del bribón se dulcificó claramente -.

El agonizante guardó silencio durante unos segundos, intentando contener el horrible dolor que lo carcomía.

- *En medio del bosque...dos millas al este de aquí* -la voz del salteador era apenas un susurro, y mientras hablaba la tela que le cubría el rostro se tiñó de rojo.

Con un rápido movimiento, Clidfort degolló al agonizante salteador.

- *En marcha* -profirió -. El elfo se le acercó con pasos cautelosos, a la vez que miraba con repulsión el conjunto de cadáveres.

- *Creo que Kaz no está en condiciones de continuar. No es un guerrero experimentado ya que la lucha es algo nuevo para él. Creo que lo mejor sería que se quedase aquí vigilando el carruaje* - le aconsejó -.

- *Como quieras, pero piensa que compartes la recompensa con él* -le respondió mientras tranquilizaba a los caballos, que aún estaban asustados por la reciente escaramuza -. El elfo saltó ágilmente sobre los cuerpos inertes de los saqueadores para poder llegar hasta donde se encontraba el joven.

- *Escucha Kaz, tu debes quedarte aquí, vigilando el carruaje* -le ordenó -. *Encárgate de esconder los muertos por si acaso pasa algún viajero por aquí. ¿De acuerdo? El aprendiz de alquimista asintió con un leve cabeceo.*

- *Bueno, ¿nos ponemos en marcha?. ¿O le hemos de cantar una nana al niño asustado?* -refunfuñó Gotrek -.

El elfo, el enano y el bribón cogieron sus armas y se adentraron en el bosque rumbo al este.

-6-

Mientras iban avanzando en dirección este, las penumbras se cernían sobre el bosque. El elfo encabezaba el grupo, guiándolo a través de la cada vez más espesa vegetación. Mientras caminaba, observó los andares de Gotrek. Era el primer enano que veía en su vida, y se ajustaba a todo lo que le habían explicado sobre su raza: era obstinado, orgulloso, severo, buen guerrero y muy gruñón. Aunque sus congéneres le habían explicado la eterna enemistad entre las dos razas, él no sentía ningún rencor hacía él. Más bien sentía curiosidad por conocerle, saber de dónde era y por qué se encontraba entre humanos en vez de en su ancestral tierra eran algunos de los interrogantes que le rondaban por la cabeza.

- *Para ser un enano eres muy veloz* -el tono del elfo era respetuoso -.

- *¿Que insinúas al decir "para ser un enano" elfo?*

- *Bueno...* - Fëanor estaba claramente nervioso, intentando rectificar lo dicho -, *considerando que tienes las piernas tan cortas, corres más rápido que un humano...*

- *¿¡Me estás llamando paticorto!?* -bramó blandiendo el martillo delante del elfo -.

- *No, no, bueno, supongo que todos los de tu raza deben tener las piernas como tu, ya que tú*

eres uno de ellos, ¿no? ... - el sudor había empezado a deslizarse por la fina faz élfica -.
- Uno de ellos... - el enano pareció susurrar para sí mismo las palabras -.

Lentamente, Gotrek enfundó otra vez el martillo y continuó internándose en el bosque con rostro sombrío. El elfo miró al bribón, pero éste sólo se encogió de hombros.

Al fin llegaron hasta el refugio de los salteadores. Era una pequeña cabaña de madera que se encontraba en medio del espesor de los árboles.

- ¿Es sólo esto? -preguntó incrédulo Fëanor -.
- Pensaba que los elfos teníais buena vista por la noche... Si observas mejor verás que la parte posterior de la cabaña se hunde bajo tierra -parecía que el enano estuviese hablando a un niño estúpido -.

Cuando rodeó la pequeña construcción vio que efectivamente, detrás de ésta se encontraba un pequeño sotobosque donde podía verse claramente el tejado de madera del refugio cubierto de hojas, que hacía las veces de suelo.

- Muy bien, intentemos entrar silenciosamente, no sabemos cuantos pueden quedar aún
-musitó el bribón -.

Con una mirada de aprobación, el elfo se arrastró sigilosamente, sólo como los elfos saben hacerlo, hacia la puerta de la pequeña cabaña. Colocó lentamente la mano derecha en el pomo de la puerta, mientras con la otra asía una espada. Tiró hacia dentro pero la puerta no se abrió; volvió a intentarlo con ambas manos, pero tampoco pudo.

- La puerta no está cerrada, pero hay algo en el otro lado que la bloquea -susurró nervioso-
- Déjame a mí elfo -mientras decía esto, Gotrek cogió el escudo y el martillo, se alejó unos pocos pasos de la puerta y la embistió con el escudo por delante.

La puerta se abrió y se oyó un apagado alarido de sorpresa. Con el impulso de la embestida, el enano tropezó con una silla que había estado apoyada a la puerta y cayó estrepitosamente al suelo. El elfo saltó por encima de su compañero caído y entró al interior de la cabaña. Vio como un hombre claramente borracho yacía en el suelo junto al enano. El borracho observaba la situación con ojos divertidos, al mismo tiempo que trataba de levantarse en vano. Con una patada en la cabeza, lo dejó inconsciente en el suelo.

El bribón entró detrás de él enarbolando la espada. Parecía alarmado por si los demás salteadores habían escuchado el alboroto, pero no parecía que hubiesen dado la alarma. Ayudando a levantar a Gotrek, señaló hacia las pequeñas escaleras que bajaban y susurró:

- Sólo quiero vivo al jefe de la banda, ¿entendido?.

El enano y el elfo asintieron con la cabeza. Poco después los tres estaban bajando la angosta escalera. Mientras bajaban oyeron un alegre alborozo; parecía que los delincuentes estaban celebrando alguna cosa, y por las voces algunos parecían ebrios.

- *Perfecto, con toda ésa escoria borracha no tendremos dificultades para acabar con ellos* - les susurró el bribón -.
- *Igualmente, creo que sería conveniente que me adelantase para ver como están las cosas* -sugirió Fëanor -.

El humano asintió con la cabeza, con lo que el elfo bajó los pocos eslabones que quedaban hasta llegar a una puerta entreabierta. Asomándose lentamente observó la sala contigua. Le llegó el olor de tabaco rancio, alcohol, carne recién echa y otro aroma suave que no supo identificar. La sala era grande y estaba débilmente iluminada por cuatro antorchas. En el medio de la sala había una larga mesa en la que descansaban varias botellas de licor y los restos de un conejo, a su alrededor se encontraban sentados seis hombres sin máscaras que les cubrieran el rostro. Se fijó en uno de los delincuentes que tenía un parche en el ojo izquierdo.

Ése debe ser Riazzo -pensó al mismo tiempo que sacaba silenciosamente el arco -. Sacó una flecha del carcaj y tensó el arco, apuntando a un corpulento hombre que se encontraba al lado del tuerto. Con un silbido la flecha se dirigió a su objetivo, clavándose en su cráneo profundamente. Los restantes miembros de la mesa se levantaron al instante, menos uno que no sabía por qué sus compañeros se movían tan rápidamente y daban vueltas alrededor de su cabeza.

Fëanor dio un silbido y sus dos compañeros bajaron rápidamente, enarbolando sus armas. Mientras tanto, los bandidos cogieron las suyas, que reposaban en un armario al fondo de la estancia. Disparó contra otro mientras se estaba equipando, y con una magnífica puntería dio blanco en el cuello del desafortunado, que cayó desangrándose entre espasmos en el suelo. Uno de ellos tumbó la mesa con la intención de protegerse de los efectivos disparos del elfo mientras otro le apuntaba con una ballesta. El elfo reaccionó con rapidez y se apartó de la trayectoria del virote, clavándose éste en su capa.

Mientras el bandido cargaba la ballesta, el bribón y el enano cargaron hacia su posición con un grito. Antes de que éste pudiese reaccionar, Clidfort le cercenó la mano, haciendo que gimiese de dolor mientras se sujetaba el sangriento muñón.

Gotrek derribó a otro con un barrido de martillo. El indefenso humano intentó parar los golpes de su atacante con las manos, pero solo consiguió que le rompiese los brazos con un sonoro crujido. Con un alarido triunfal, el enano rompió la caja torácica del desdichado golpeándolo repetidamente, como si fuese un yunque.

Con un rápido movimiento, Clidfort remató a su tullido rival. Otro bandido ebrio se lanzó sobre él, derribándolo al suelo. Con gesto triunfante, el atacante empezó a ahogar al bribón. Pero los ojos de éste se abrieron desmesuradamente cuando éste le clavó una daga en el vientre; lentamente las manos aflojaron su presa para caer inertes en el suelo.

Cuando se levantó vio que el enano estaba luchando contra el líder de la banda. El salteador lanzaba estocadas con su espada a una velocidad difícil de seguir con la vista, su compañero apenas podía parar con su escudo los ataques que recibía.

- *¡Apártate Gotrek!*

Le gritó al mismo tiempo que le arrojaba una silla a su atacante. El enano a duras penas pudo apartarse de la trayectoria de la silla, que se rompió en pedazos cuando se estrelló en la espalda de Riazzo. Éste cayó de rodillas al suelo, momento que aprovechó Gotrek para golpearle la cabeza con el escudo. El líder de la banda de los Salteadores de Riazzo cayó inconsciente al suelo.

-7-

Fëanor observó la desagradable carnicería al mismo tiempo que desclavaba el virote de su capa. Sin tomarse un momento de descanso, el bribón empezó a abrir las puertas que les rodeaban. Señalando a dos que había abierto, indicó a los compañeros que entraran a inspeccionar, haciendo él lo mismo. Momentos después él también entraba en otra sala. Era un gran dormitorio en el que había quince camas y numerosas pertenencias poco valiosas desperdigadas por encima de ellas. La mente del elfo empezó a calcular y no le salían las cuentas.

- Seis que nos han emboscado, uno que estaba borracho en la puerta y otros seis que estaban en la mesa... ¡Faltan dos! -razonó -.

Con rápidas zancadas volvió al comedor en el que ya se encontraban el enano y el bribón. Gotrek llevaba un montón de embutidos que había saqueado, y Clidfort sujetaba un pequeño saco con las manos mientras una amplia sonrisa le cruzaba la cara.

- Ya he encontrado lo que veníamos buscando, nos podemos ir. Ahora ya no hace falta que Riazzo viva -les informó el bribón -.

- Clidfort, creo que no hemos eliminado a todos los miembros... - el elfo fue interrumpido por un sonoro portazo -.

En la puerta se encontraban dos hombres, sujetando algunas piezas de caza en las manos. Uno parecía un bandido, pero el otro iba vestido de manera ostentosa. El que lucía unos ropajes menos dignos pasó la mirada por la matanza que se había producido en su refugio y después a los tres compañeros, y profiriendo un alarido de miedo, subió las escaleras tan rápido como le permitían sus piernas. Mientras, el otro permaneció de pie observando con ojos ausentes la escena.

El enano dejó caer los embutidos que llevaba sobre el escudo a modo de azafata para coger el martillo. El bribón y el elfo hicieron lo mismo. El distinguido visitante dejó caer las piezas que había cazado, se sacudió el polvo de las lujosas ropas y desenvainó un florete.

- Villanos, habéis perturbado la paz de éste tranquilo refugio en el que yo me hospedaba, y habéis asesinado vilmente a aquellos hombres gentiles que actuando noblemente hicieron gala de una exquisita hospitalidad -dijo el personaje con un Reikspeil perfecto. Los tres compañeros se miraron el uno al otro desconcertados por el extraño visitante.

- Me presentaré, soy Johan Straight de Averland, hijo del conde elector de Averland, y aunque no tengo jurisdicción en éstas tierras, mi título de noble me permite juzgar los hechos que han ocurrido en ésta morada. Por lo tanto, os declaro culpables de asesinato a sangre fría y allanamiento de morada, por lo que se os adjudicará una ejecución sumaria.

El enano empezó a temblar y cuando no pudo más, rompió a carcajadas.

- *¡Vaya con el fanfarrón!. ¡Cree que nos entregaremos a él!* -dijo mientras reía -.
- *¿Así que desafías mi autoridad asqueroso enano abotargado?*
- *¿¡Abotargado!?* -Gotrek dejó de reír de repente -.
- *Si, tú asqueroso ser abotargado, no debiste salir de las montañas de donde vienes, en las que tu gente se arrastra como gusanos en los angostos túneles, oliendo su propia decadencia.*
- *¡¡Maldita sabandija humana!! ¡Te arrancaré el corazón con mis propias manos!* -el rostro del enano se estaba volviendo de un intenso color rojo -.
- *Algo propio de un bárbaro como tú. ¡Defiéndete!. Te reto a un duelo personal para vengar la muerte de mis compañeros.*

El noble no había ni acabado la frase, cuando Gotrek ya se abalanzaba hacia él, blandiendo el martillo furiosamente. Con gran agilidad, el humano se apartó de un salto de la carga, haciéndolo trastabillar al fallar su ataque. Aprovechando que estaba de espaldas, lo atacó con su florete. La fina hoja del arma atravesó la cota de malla sin mucha dificultad y se clavó en el hombro del enano, que gimió al sentir el acero en su carne. Con un brusco giro de cintura, Gotrek desarmó a su sorprendido contrincante, quedándose el florete bamboleando en su hombro. El noble intentó desenfundar una daga de su cinturón, pero el enano ya se encontraba encima de él, golpeándole en la cabeza, que con un horrible crujido quedó colgando del cuello en una posición antinatural.

El victorioso Gotrek escupió al cadáver mientras intentaba desclavarse el florete del hombro.

Al cabo de un rato los tres se hallaban otra vez en el carruaje con Kaz, llevando consigo los pocos objetos de valor que pudieron encontrar y la cabeza de Riazzo envuelta en un saco. Clidfort acariciaba amorosamente el objeto que había encontrado en el refugio mientras Gotrek se rascaba el vendaje de su hombro. Kaz espoleó los caballos, volvían a Altdorf.

Mientras tanto, el refugio se hacía pedazos a causa del incendio que habían provocado para no dejar rastro. El denso humo dispersaba por el bosque las cenizas de los muertos y los restos de la cabaña. Mientras miraba el crepitante incendio, Thomas, el único superviviente de la banda de Riazzo, juró que vengaría la muerte de sus amigos.